

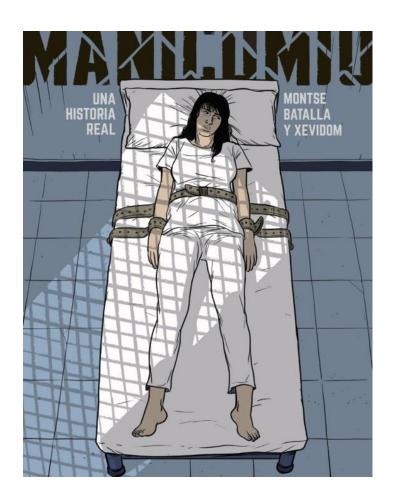




Comics y psiquiatría: Manicomio

Montse Batalla y Xevidom. Barcelona: La Cúpula, 2019

Juan Medrano



Son muchas las novelas gráficas o comics que transmiten las vivencias de las personas con enfermedad mental. Describen los síntomas, su repercusión, su lucha, su indefensión, el estigma que sufren, pero también la interacción infausta con los profesionales. Un buen ejemplo es este volumen, editado en blanco y negro, cuyo impactante título se debe a la experiencia de su protagonista en el primero de sus dos ingresos psiquiátricos.









El libro es obra de Montse Batalla, que recrea como guionista su experiencia como paciente, y de Xevidom, su pareja, que realiza el relato gráfico. Transformada en Clara, una estudiante de Historia en la segunda mitad de los años 90, Batalla nos muestra la eclosión de un cuadro psicótico agudo, su tratamiento en una unidad de agudos, y su posterior reconstrucción personal, con unas planchas finales metafóricas enmarcadas en los fuegos artificiales de Donostia.







El relato gráfico nos hace acompañar a Clara en el desamor que vive junto a su primera pareja, que terminará abandonándola tras el episodio agudo, la perplejidad en la que le sume el episodio agudo y, muy significativamente, su trance durante la hospitalización. Salvo algunos pacientes con los que establece la amistad y la solidaridad coyuntural del ingreso, nadie sale bien parado en la unidad de agudos.

El psiquiatra está ausente, presupone que Clara oye voces e interpreta la negativa de está como ocultación y, por tanto, confirmación de que hay alucinaciones. Las enfermeras desoyen sus quejas, le remiten a su psiquiatra, nunca localizable, y la regañan y reprimen. Los celadores o auxiliares son unos salidos que no se preocupan por los pacientes. Alguno de los ingresados intenta propasarse con la protagonista, en un incidente que hay quien convierte en consecuencia de una presunta provocación por parte de la víctima. La contención se usa con liberalidad y se emplea como medida ejemplarizante.



La medicación psiquiátrica es otro elemento cuestionado en "Manicomio". Clara es tratada con olanzapina, que produce en ella claros síntomas extrapiramidales, con un temblor y una rigidez marcados, una distonía cervical que tarda en ser reconocida o una acatisia que se "controla" mediante la contención mecánica para que no genere problemas dando vueltas por el pasillo.







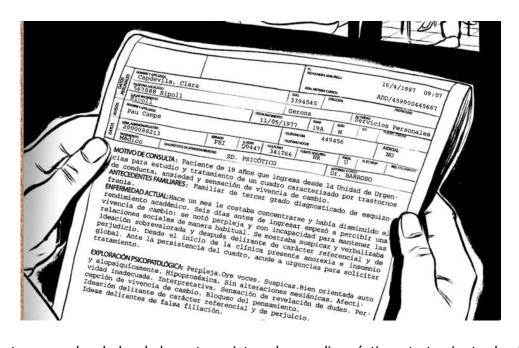








El alta, lógicamente, es una liberación, a pesar de que en la sarta de tecnicismos que emplea el psiquiatra que trató a Clara haya mucho de repetición rutinaria de síntomas habituales, alguno de los cuales ni siquiera presenta la protagonista.



La tercera parte recoge las dudas de la protagonista sobre su diagnóstico y tratamiento, hasta que acude a la consulta de un psiquiatra que reconoce en sus síntomas una entidad olvidada en las clasificaciones actuales -psicosis cicloide- que los explica. Según el epílogo del libro, este reconocimiento tuvo lugar en un segundo ingreso psiquiátrico. A partir de ahí, sintiéndose comprendida y con la ayuda de un medicamento -litio- que empezó a tomar a partir de un diagnóstico previo, Clara podrá sentirse segura, libre, con capacidad de construir su propio proyecto vital.







"Manicomio", probablemente, caricaturiza algunos aspectos de la práctica psiquiátrica, pero posiblemente no hace demasiada sangre en otros. Las desventuras de la protagonista, es de des ear, son algo inhabitual, pero los vaivenes diagnósticos y la incertidumbre sobre lo que pasa a los pacientes, combinadas con una arrogancia profesional que pretende ocultar nuestras lagunas, están, lamentablemente, a la orden del día.





